

La serpiente

LUIGI MALERBA

TRADUCCIÓN DE JUAN ANTONIO MÉNDEZ



Título original:
IL SERPENTE

© Luigi Malerba Estate. All rights reserved handled
by Italian Literary Agency, Milan, Italy
All rights reserved.

The book was negotiated through Ute Körner Literary Agency
www.uklitag.com

Primera edición: mayo 2018

© 2018 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2018 de la traducción: Juan Antonio Méndez

© del diseño de colección: Raúl Fernández

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16529-63-6

Impreso en España

Depósito legal: M-11229-2018

La serpiente

I

LOS PÁJAROS VUELAN, EN CAMBIO, YO ME FUI ANDANDO HACIA LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL

Había guerra en África. Los soldados atravesaban la ciudad vestidos con uniformes de tela compacta y gruesa y con las cabezas de corcho, la cabeza rellena de corcho y con los cascos de corcho en la cabeza. Cantaban esa canción que todos se sabían, desfilando por via Garibaldi camino de la Estación del Ferrocarril. ¿Qué hacen? ¿A dónde van? ¿Qué es lo que van a hacer? Muy contentos tienen que estar si cantan, me decía yo. La canción resonaba en mis oídos, cantada o silbada por la calle, incluso en los cafés y en las ventanas de las casas a través de la voz de la radio. La radio no dejaba de cantar ni siquiera durante la noche, cuando dejaba de cantar hablaba y seguía hablando y luego volvía a cantar otra vez, nunca se paraba.

En las esquinas de las calles aparecieron carritos cargados de plátanos que mi madre no compraba por miedo a las infecciones (en la punta de cada plátano siempre hay el cadáver de algún insecto).

«Los plátanos son peligrosísimos», le decía mi madre a su hijo y le llevaba a ver a los niños que comían un helado.

Los domingos por la mañana recorríamos andando toda via Garibaldi hasta Piazza della Steccata (un hombre con la cara

colorada sonreía desde un espejo mientras nos enseñaba una porción de queso Bel Paese), llegábamos al Caffè Tanara en Piazza Grande. Mi madre se paraba en el quiosco de periódicos mirando las portadas de las revistas, yo corría de mesa en mesa detrás de las piernas de los camareros, perseguía a los niños que lamían sus cucuruchos de helado goteante.

Había un niño con el rostro rosáceo como un angelito, vestido de azul celeste, con la nariz para arriba, con un par de hoyitos a la vista, rizos rubios peinados en forma de plátano. Parecía recién salido del Paraíso. A su lado yo me sentía un guarro, tenía los zapatos con la suela descolada, los botones de la camisa a punto de caerse, la nariz llena de mocos y las manos sucias de tierra. Mis piernas estaban llenas de arañazos y las rodillas siempre negras. Cuando me acerco, el niño me deja que lo haga, de vez en cuando sonrío, me enseña el helado, pero en cuanto me tiene a tiro me da una patada a traición. Ahora que lo sé, ya tengo más cuidado, trato de acercarme de puntillas, por la espalda, a veces me quito los zapatos y camino descalzo. Debe llamarse Alfonso porque su madre le llama Fonzo o Fonzino. El helado que más le gusta es el de fresa. Su madre es gorda y tiene una piel lisa y brillante. Guapa. A su lado, mi madre hace un papel más bien triste, siempre despeinada y demasiado flaca.

Me pasaría el día entero corriendo de una mesa a otra, de un niño a otro.

«¿Pero por qué eres tan comilón?», dice mi madre.

Los helados del Caffè Tanara los hace el señor Tanara en persona, el dueño, con sus manos, con la leche fresca recién llegada de Vicofertile y con fruta fresca de la temporada, son los mejores de la ciudad. Ya se murmura por qué no monta un negocio. Le han visto echar dentro huevos de verdad, cuando los demás

solo ponen unos polvos de huevo. Unos huevos en polvo que vienen de China. Con frecuencia se oye hablar de estos polvos amarillos que vienen de China. Todo lo que es amarillo viene de China, incluidas unas canicas amarillas que un viejecito vende en los soportales del Palacio del Ayuntamiento. ¿Qué pasa entonces con los plátanos? También son amarillos...

Mi madre dice que la gula es un pecado mortal, que uno puede ir al Infierno por la gula.

Cuando no es época de helados mi madre me lleva a ver a los niños subidos en el tiovivo del Parque de Atracciones permanente que hay en Barrera Vittorio. Nuestra ciudad tiene un Parque de Atracciones permanente. El tiovivo de Barrera Vittorio es un tiovivo famoso, más que nada porque la taquillera es una muchacha con un pecho enorme. Guapa. Por lo demás se trata de un tiovivo de los antiguos, los caballos tienen espejitos alrededor del cuello y las crines de estopa están llenas de pulgas. Más adelante llegarán otros con aviones y los cohetes que suben y bajan.

Hablo de los helados a un chico que está en mi camino, un muchacho muy pobre con las rodillas llenas de costras, le hablo también del tiovivo. El muchacho escucha lo que le cuento y vuelve luego a contarlo todo al resto de los chicos todavía más pobres y llenos de costras. Es increíble, pero siempre hay un muchacho más pobre y con más costras que el más pobre que uno conozca. Y la escalera sigue bajando; nadie sabe dónde termina.

No puedo decir que mi infancia haya sido infeliz, como dicen todos. Me preocupa el riesgo de ir al Infierno que está corriendo Fonzino y el resto de los chicos del Caffè Tanara. Pocas cosas más. Por otro lado, mi felicidad, a través del niño lleno de costras, se propaga y soy un eslabón de esa cadena y estoy feliz de serlo.

Si doy un salto hacia delante para no tener que contarle todo, via Garibaldi se llena de un perfume fortísimo a medio día y a las cinco de la tarde, cuando pasan las chicas de la O. P. S. O. y de la Ducale, que son fábricas de perfume. Oleadas dulzonas anunciaban la llegada de las chicas con su delantal azul, que llegaban hasta la ciudad pedaleando, enseñando las piernas bajo el delantal celeste mientras pedaleaban hacia la ciudad. En aquel camino y en esos perfumes crecían desmesuradamente mis ideales femeninos, hasta que desaparecieron los perfumes, la radio siguió hablando y los soldados volvieron a pasar cantando otra canción. Esta vez yo mismo estaba entre ellos, marcaba el paso, pero no cantaba esa otra canción que se saben todos.

De los años que llegaron después recuerdo el frío, la nieve, el hielo en las manos, el aire helado contra los ojos, la nieve bajo los pies y dentro de los zapatos, el hielo dentro de los huesos, los dedos frágiles como carámbanos, el frío entrando en los pulmones, el aire helado cortando la piel como la hoja de una *gillette*...

«En el Infierno por lo menos hace calor», decía mi madre.

Eso es lo que pasa, que uno vuelve a su ciudad y piensa que se va a encontrar todo como lo dejó; en cambio, las cosas cambian continuamente, incluso cuando solo sales a comprar tabaco o a dar un paseo, algo siempre cambia. Iba arriba y abajo por via Garibaldi mirando las paredes de las casas, esa pared no era roja y si era roja era de un rojo distinto, me decía. Este enlosado no era así, con las baldosas como espinas de un pez y hasta la misma iglesia, esta tienda, esta acera.

La radio no dejaba nunca de hablar y de cantar, desde los cafés, desde las ventanas de las casas. El ruido de los tranvías y de los coches llenaba el aire, y hasta las palabras de la gente que

pasaba por la calle eran ruidos, se confundían con el del tranvía, con los de los automóviles. ¿Qué queréis? No quieren nada, decía mi madre, van a lo suyo y basta.

Algunas tardes iba a la Carretera y me sentaba en un banco, escuchaba el susurro de las hojas de los plátanos, como una música. Otras, caminaba por lo que era el arenal del torrente, escuchaba el ruido del agua, pero el agua, me decía, se evapora con el calor y se hiela con el frío. Con el vapor y con el hielo yo no hablo. Hay tanta gente en este mundo para hablarnos, decía mi madre.

Volví andando por las calles, los tranvías iban sin parar arriba y abajo, igual que los automóviles y que la gente. ¿Dónde van?, me decía. Van a lo suyo, decía mi madre, déjalos. Me peleaba con los tranvías, con los automóviles, con la gente que pasaba por la calle.

Vivir así se había convertido en un infierno, pero en el Infierno por lo menos hacía calor, y aquí las calles estaban cubiertas de placas de hielo. El frío entraba en los pulmones, el aire helado cortaba la piel. Pensé en emigrar como emigran los pájaros. Me voy a la Capital, me decía, al menos allí hace calor. Los pájaros vuelan, yo, en cambio, iba andando hacia la Estación del Ferrocarril.